

multáneamente. Por la unión de estas superadmirables realidades el alma de Cristo fue colmada de la más alta e inefable sabiduría, que le permitía tener presentes todas las cosas con una presencia misteriosa y perfecta. Por eso contempló por disposición de la sabiduría divina, en el primer instante de su concepción, el inmenso e inexpresable dolor que lo esperaba inevitablemente, lo soportó y lo llevó durante toda su vida hasta el momento en que su alma y su cuerpo se separaron. De ello dan testimonio sus mismas palabras, cuando a menudo dice que El lleva la cruz y carga con ella; y también cuando dice a sus discípulos —por el bien de ellos y nuestro, como ya se dijo, para que saquemos provecho para nuestra salvación, y no por sí: —“Mi alma está triste hasta la muerte”(Mt. 26, 38). Con ello insinúa a todos, y de manera especialísima a sus hijos legítimos, que siempre deben compartir sus dolores.

En fin, Jesús emitió ese grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, para darnos la esperanza y alentarnos. Si nos tocara ser afligidos y atribulados, y si hasta nos sintiéramos abandonados en algunas angustiosas situaciones, no debemos ceder por un acto de desesperación, sino que debemos ver con toda claridad a través de su ejemplo, que Dios nos hace sacar provecho de la misma prueba, y que está siempre dispuesto a correr en nuestra ayuda.

La oración

Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección.

Si quieres comenzar a poseer esa luz de Dios, reza. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, reza. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz, para poder permanecer en ella, reza. Si quieres la fe, reza. Si quieres la esperanza, reza. Si quieres la caridad, reza. Si quieres la pobreza, reza. Si quieres la obediencia, reza. Si quieres la castidad, reza. Si quieres la humildad, reza. Si quie-

res la mansedumbre, reza. Si quieres la fortaleza, reza. Si deseas alguna virtud, reza. Y reza de esta manera: leyendo en el libro de la vida, a saber, en la vida del Dios-Hombre Jesús, que fue pobreza, dolor, desprecio y perfecta obediencia.

Y cuando hayas entrado por ese camino de perfección, serás molestado de muchas maneras y serás afligido horrendamente por infinitas tribulaciones y tentaciones de parte de los demonios, del mundo y de la carne. Pues bien, si quieres vencer, reza.

Cuando el alma quiere rezar, es necesario que acuda con la pureza de la mente y la del cuerpo, con pureza y con rectitud. Es necesario que cambie el mal en bien y no haga como muchos perversos que cambian el bien en mal. Así el alma se ejercita en esta pureza y se acerca con mayor confianza a la confesión que la liberará de las culpas. Y para que en el alma no quede nada impuro, ella se impone algunos interrogantes: se aísla en la oración, considera el bien y el mal que ha hecho, examina la intención con la que obró el bien: los ayunos, las oraciones, las lágrimas y toda otra buena acción cumplida; y discierne cómo obró con poca sinceridad, es decir, de manera insuficiente y con omisiones.

No hagamos como los malos. Confiesa tu pecado y haz penitencia. En esa confesión el alma halla la pureza.

Después vuelve a la oración, y no te afanes en otras ocupaciones una vez que comiences a sentir acerca de Dios con mayor plenitud que en el pasado. Tu paladar ahora está dispuesto mejor que en el pasado a saborear a Dios, y te es dada una luz potentísima para ver a Dios en sí mismo.

Cuídate de darte a alguno si antes no has aprendido a desprenderte de los demás. Desconfía de los que usan palabras dulces y se hacen agradables con sus discursos espirituales y ostentan revelaciones. Estas son las trampas con que el diablo arrastra a otros en pos de sí. Cuídate de tus fervores, es decir, del espíritu que te acompaña durante el fervor. Antes de seguirlo, examínalo y considera qué principio, qué medio y qué fin persigue. Sólo sigue lo que concuerda con el libro de la vida, y nada más.

Además, desconfía de los que dicen tener el *espíritu de li-*

bertad ¹² y que se despliegan abiertamente contra la vida de Cristo. Dios Padre quiso que tuviera sujeto a la ley el Hijo suyo, el cual no estaba obligado a la ley, sino que era superior a la ley y, más aún, era el autor de la ley. El que era libre, se hizo esclavo. Por eso, los que pretenden seguir a Cristo, es necesario que se conformen a su vida, no procurando eximirse de las ataduras de la ley y de los mandamientos de Dios, como hacen muchos, sino sometién dose a la ley y a los mandamientos de Dios y también a sus consejos. Estos se hacen un círculo que les da la orden: es decir, el Espíritu Santo les ordena un sistema de vida y los ata. Ellos podrían hacer lícitamente muchas cosas que no son contra la conciencia, pero el Espíritu Santo no se lo permite hacer por sus muchos llamamientos. Por eso, los que quieren recibir esos llamamientos, recen ¹³.

Cuídate, y no cedas espacio a los enemigos desistiendo de orar. Cuanto más tentado seas, tanto más persevera en la oración. Es en virtud de tu continua oración que mereces ser tentado. El oro ha de ser purificado y fundido. Y es en virtud de la continua oración que mereces ser liberado de las tentaciones ¹⁴.

La oración ilumina, libera de las tentaciones, purifica y une a Dios.

¹² Al tiempo de Angela, la paz religiosa de Umbría estaba turbada por una secta de religiosos, llamados "*Hermanos del espíritu de libertad*". Estos pseudomísticos profesaban aparente rigidez, pero en realidad favorecían la corrupción de las costumbres a través de la derogación de la moral. Proclamaban que cuando uno llega a cierto grado de perfección, todo le es lícito, sin peligro de pecado. Tanto Angela como su vecina y contemporánea santa Clara de Montefalco refutaron con palabras mordaces y contundentes la doctrina y las actitudes de esos ricos tipos.

¹³ El texto es oscuro. Su sentido nos parece ser éste. Los que siguen a Cristo, podrían tener amplios márgenes de libertad, pero ellos a través de la mortificación y del sacrificio, inspirados por el Espíritu Santo, se coartan y prefieren cargar con la cruz y llevar una vida austera.

¹⁴ Hay cierta oscuridad en el circunloquio. Angela quiere decirnos que la tentación, en cuanto lucha, es buena —¡también el Señor fue tentado!—, y lleva a la purificación del alma. Pero también toda tentación implica sufrimiento y pone de manifiesto nuestra debilidad e inclinación al mal. De todo ello nos libra la oración.

La oración no es más que la manifestación de Dios y de uno mismo. En esta doble manifestación, de Dios y de uno mismo, consiste la verdadera y perfecta humildad. El estado de humildad se consigue cuando el alma ve a Dios y se ve a sí misma. Entonces se halla en la más perfecta humildad. Por esa humildad la gracia de Dios penetra más profundamente y crece en el alma. Cuanto más la gracia de Dios abisma el alma en la humildad, tanto más desde ese abismo de humildad aumenta la gracia de Dios, y cuanto más aumenta la gracia de Dios, tanto más el alma se hunde en los abismos de la humanidad y ahí descansa. La perseverancia en la humildad hace aumentar en el alma la luz de Dios y la gracia. Y la luz de Dios y la gracia hunden cada vez más el alma en los abismos de la humanidad, a través de la lectura, como se dijo, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo.

Llegar a la manifestación de Dios y de sí mismo: no conozco cosa más grande. Pero la gracia de esa manifestación de Dios y de sí mismo la merece únicamente la oración de los hijos legítimos de Dios. Delante de estos hombres que saben rezar se pondrá el libro de la vida, es decir la vida del Dios-Hombre, Jesucristo, en el cual hallarán todo lo que anhelan. Y serán colmados de la bendita sabiduría de Dios que no hincha, y allí hallarán toda la doctrina necesaria para ellos mismos y para los demás.

Si quieres, pues, llegar a las cumbres de la iluminación y de la enseñanza de Dios, lee en ese libro de la vida. Si lo lees bien, y leyéndolo meditas, serás iluminado e ilustrado acerca de todo lo necesario para ti mismo y para los otros, cualquiera que sea tu estado. Si lo lees atentamente y no de prisa, serás inflamado por el fuego de Dios de tal modo que acogerás como gran consuelo toda tribulación; y te considerarás muy merecedor de tribulaciones. Y además, lo que es aún más grande, si te tocan en suerte alguna prosperidad o alguna alabanza de los hombres por los dones que Dios ha puesto en ti, no te hincharás ni te alzarás en soberbia, porque, leyendo en el libro de la vida, podrás ver y reconocer en verdad que la alabanza no te pertenece.

Uno de los signos por los cuales el hombre puede conocer

que está en gracia de Dios es éste: por ninguna cosa se hincha y se ensoberbece, sino que en todo halla motivo de humillarse.

La oración es de tres especies: corporal ¹⁵, mental y sobrenatural. La sabiduría de Dios, que es ordenada y ha impuesto a todas las cosas un orden, estableció con su suprema sabiduría que nadie pueda llegar a la oración mental sin que antes posea la corporal, y que a nadie sea concedida la oración sobrenatural sin que antes posea la corporal y la mental. Y esta sabiduría ordenadísima exige que las oraciones de las Horas le sean tributadas a la hora prescrita, a menos que uno esté totalmente impedido por alguna enfermedad física, o a menos que de la oración mental y sobrenatural sobrevenga una tal alegría que la lengua carnal quede completamente absorbida. Además, la oración debe hacerse, en lo posible, con el alma tranquila, y, ¡ojalá!, en la soledad y en el recogimiento corporal.

Cuanto más reces, más iluminado serás. Y cuanto más seas iluminado, tanto más profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más lo ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. Por último, llegarás a la plenitud de la luz, porque comprenderás que no puedes comprender.

De esta espléndida oración, en la cual debemos perseverar, tenemos un ejemplo que nos viene del mismo Hijo de Dios, quien nos enseñó a orar de muchas maneras con las palabras y con las obras.

Nos exhortó con sus mismas palabras a orar, cuando dijo a los discípulos: “Velad y orad para no caer en la tentación” (Mt. 26, 41). Y en muchas partes del Evangelio hallarás que

¹⁵ Ahora se dice oración *vocal*. Pero para Angela, como lo aclara más adelante, la oración *corporal* implica toda manifestación de culto que se tributa a Dios, tanto rezos como genuflexiones o inclinaciones de la cabeza o elevaciones de brazos.

Todos los santos como todos los maestros del espíritu han insistido con fuertes acentos acerca de la necesidad de la oración. San Alfonso acuñó un lema, sencillo pero de gran trascendencia: “*El que reza, se salva; el que no reza, se condena*”.

nos instruyó de muchas maneras sobre esta santa oración, y a todos nos hizo entender que le era muy querida, y muy muchas veces nos exhortó.

Como nos amaba de verdad y de corazón, para que no tuviéramos disculpas acerca de la santa oración, el mismo Jesús quiso orar para que, siquiera arrastrados por su ejemplo, la amáramos sobre toda cosa. Dice el evangelista: "Después de haber orado largamente, su sudor se condensó en gotas de sangre que fluían por la tierra" (Lc. 22, 43). Coloca delante de tus ojos este espejo, y esfuérzate con todo tu ser por alcanzar algo de esa oración, ya que El rogó por ti, y no por sí mismo.

Oró también cuando dijo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se cumpla mi voluntad sino la tuya" (Mt. 26, 42). Considera cómo Jesús somete su voluntad a la voluntad de Dios. Obra tú también según ese ejemplo.

Oró también cuando suspiró: "Padre, en tus manos encomiando mi espíritu" (Lc. 23, 46). Pues bien, ¿qué más? ¿Por qué descuidas la oración, si nada se puede lograr sin la oración? Jesús, que era verdadero Dios y verdadero Hombre, rogó por ti, no por sí mismo, para que tomes el ejemplo de la auténtica oración. Si de El deseas algo, es absolutamente imprescindible que reces. Sin la oración nada lograrás.

Tenemos además el ejemplo de la Virgen gloriosa, Madre santísima del Dios-Hombre, Jesús. ¿Tendríamos en poco aprecio su oración y la de su bendito Hijo? Y si no, ¿por qué no la imitamos? Ella nos enseñó a orar, proponiéndonos el ejemplo de su santa oración.

Ella oró cuando ofreció a Dios la propia virginidad. Y mientras estaba absorta en esta oración, la luz divina descendió en ella más abundante. Y en fuerza de esa luz divina y con mayor esplendor consagró a Dios junto con su virginidad también su alma y su cuerpo. Y con esa luz divina la Virgen llegó a la perfecta manifestación de Dios y de sí misma. Su oración, es decir esa doble manifestación, fue siempre su altísima contemplación.

Los hombres oramos de dos maneras de las que la Virgen no tuvo necesidad.

Rezamos para ser liberados de la pena eterna que mereci-

mos por nuestros pecados y también rezamos para que, por la abundancia de su misericordia, seamos purificados de los mismos. La Madre de Dios no tuvo necesidad de hacer estas dos peticiones.

Rezamos también para ser iluminados y para crecer en las virtudes y en los dones de la gracia que la Madre de Dios poseyó en grado sumo. Si bien la Virgen María procediera de nuestra corrompida humanidad, sin embargo fue elegida de manera singular por el Padre y por El embellecida de un privilegio especial, glorioso y grande: el de no tener necesidad de ser purificada ni liberada de la pena ¹⁶.

La Madre de Dios fue tan privilegiada por singulares virtudes e inefables dones que jamás, ni por breve tiempo, pudo ser separada de esa unión con Dios. Y vivió siempre unida a la divina e inefable Trinidad, tanto que, ya en esta vida, gozó de esa beatitud que los santos gozan en el paraíso: la beatitud de la incomprensibilidad ¹⁷. Los santos comprenden que no pueden comprender. Y en tal comprensión, desde la tierra, se sumergió feliz el alma de la bienaventurada Virgen, si bien no pudiera disfrutar en este mundo de la experiencia del paraíso.

La pobreza y San Francisco

El primer hombre cayó por causa de la pobreza, y por causa de la pobreza nos salva el segundo hombre, el Dios-Hombre, Cristo. La peor pobreza es la ignorancia. Adán cayó por ignorancia, y todos los que se pierden, han caído, caen o caerán por ignorancia.

¹⁶ Excepcional profesión de fe de Angela en la Inmaculada Concepción de María, mientras aún entre los máximos teólogos reinaba la incertidumbre. Duns Scoto, contemporáneo de Angela, fue el primer paladín que en la Universidad de París levantó la bandera de la Inmaculada. Fue tenue alba que llegó al esplendor meridiano del año 1854 en que Pío IX proclamó el dogma. Cuatro años más tarde, Bernardita en la gruta de Lourdes vio a la bella y blanca Señora. Pero ya Angela, gracias a sus visiones y meditaciones, la había vislumbrado con toda nitidez.

¹⁷ La beatitud de la incomprensibilidad (= *gaudium incomprehensibilitatis*) que los santos gozan en el cielo y la Virgen experimentó en esta tierra de manera transitoria, corresponde a la visión beatífica de Dios. *Dios*

Por eso es necesario que los hijos de Dios se levanten y resuciten por obra de la opuesta pobreza. El ejemplo de esa pobreza nos lo da el mismo Jesucristo. Este Dios-Hombre nos levantó y nos redimió por la pobreza. Sin duda practicó una pobreza inefable cuando escondió su gran poder y su divina nobleza. Se dejó blasfemar, despreciar, vituperar, encarcelar, arrastrar, flagelar y crucificar. Y siempre se portó como hombre impotente. Esa pobreza es el modelo de nuestra vida. De esa pobreza debemos sacar ejemplo: no porque nos toque esconder el poder que no tenemos, sino porque es imprescindible que reconozcamos y manifestemos toda nuestra impotencia.

De esa pobreza tenemos otro ejemplo en la gloriosa Virgen y Madre de Dios, la que de modo manifiesto nos lo enseñó en la respuesta pronunciada en el misterio de la Anunciación, cuando confesó pertenecer a nuestra masa humana corrompida, definiéndose en esa bajísima expresión: “¡He aquí la esclava del Señor!” (Lc. 1, 38). Lo que era un nombre muy vil.

Esa pobreza agrada muy mucho a Dios. Y un ejemplo lo tenemos en el mismo ladrón que fue crucificado junto al Dios-Hombre, Jesucristo. Si bien tuvo una mala vida y cometió acciones perversas, al recibir la luz de Dios que le permitió ver la bondad de Dios en la verdad, al instante reconoció su pobreza y en seguida la confesó, amonestando al otro ladrón que vomitaba insultos: “¿Tampoco tú tienes el temor de Dios, tú que padeces la misma pena? Nosotros sí que merecemos la condenación por nuestros delitos, pero El no cometió ningún mal. Oh Señor, cuando estés en tu Reino, ¡acuérdate de mí!” (Lc. 23, 40-42). Y al instante se salvó.

Pienso que la más grande alegría que nosotros pecadores podemos dar a Dios, es la de reconocer totalmente nuestra po-

se ve todo pero no totalmente, por la radical incapacidad de la mente humana de agotar la infinita cognoscibilidad de Dios. Pero esa impotencia de comprensión no causa tristeza sino gozo. El alma, que comprende que no puede comprender, porque se ve desbordada por las abismales fuentes del Ser, de la Luz, de la Vida, del Amor y de la Felicidad, se siente sumergida en un gozo total.

breza. Cuando el alma reconoce su completa miseria, no espera el juicio de Dios, sino que se juzga a sí misma y se condena; y en seguida procura buscar nuevas modalidades de mortificación para poder reparar, sin poner límites a la propia penitencia y al propio dolor.

¡Oh maravilla! Tenemos un modelo perfecto en nuestro glorioso padre San Francisco, el que acerca de esa pobreza recibió luces inefables. Francisco estuvo colmado hasta rebosar de esa luz, para poder recorrer ese singular camino y mostrárnoslo. No puedo mirar hacia algún otro santo, que de manera más especial me manifieste el camino del libro de la vida, es decir, el modelo de la vida del Dios-Hombre, Jesús. No conozco a otro santo que tan peculiarmente fijara su mirada sobre ese modelo y que jamás removiera de él los ojos del alma. Ese hecho tuvo un reflejo también en su carne. Y ya que San Francisco se fijó totalmente en El, fue colmado de una altísima sabiduría; y de esa sabiduría llenó el mundo entero y lo sigue llenando.

Dos cosas nos enseñó de manera especial nuestro buen padre San Francisco.

La primera es recogernos en Dios y sumergir nuestra alma en su infinitud divina. San Francisco fue tan abundantemente colmado del Espíritu Santo, que en todos sus actos y obras fue guiado por la gracia del Espíritu Santo, el cual realizó en él estas operaciones: lo purificó en el alma y en el cuerpo, lo hizo santo por dentro y por fuera, lo fortificó en todo, lo guió en todo según la verdad y lo unió a Dios con una unión continua e inefable.

El Espíritu Santo, en su admirable designio, dispuso tan estupendamente su alma que la hizo morada de Dios y dispuso también el cuerpo de manera perfecta. Y yo lo veo pobre como nadie; lo veo como nadie enamorado y seguidor de la pobreza.

El fue pobre interior y exteriormente. Más aún, como nadie lo veo transformado en la pobreza misma.

La pobreza no sólo se la impuso a sí mismo, sino que la predicó a todos, y esta enseñanza la sacó del libro de la vida, es decir, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo. Pues bien, con-

fiemos en él, pues sus consejos no fueron falsos ni él oró inútilmente.

La segunda cosa que San Francisco nos enseñó fue la pobreza, el dolor, el desprecio y la verdadera obediencia. El fue la pobreza misma, encarnada interior y exteriormente, y en ella vivió y perseveró. Y todo lo que el Dios-Hombre, Jesús, despreció, también él totalmente lo despreció y todo lo que ese Dios-Hombre Jesús amó, también él lo amó de manera entrañable e inmensa, siguiendo con indescriptible perfección sus huellas, para poder conformarse en todo a El. Y porque vio a Dios de modo perfectísimo a través de una misteriosa visión lo amó de manera indecible. En todo obraba de acuerdo a la completa transformación que se había realizado en él.

Lo que mucho se ama, mucho se desea poseer, y cuanto más se ama, tanto más se desea poseer. Y todo lo que amó el Dios-Hombre, Jesús, lo amó también Francisco, el pobrecillo. Y siempre buscaba purificación sobre purificación, y continuamente se purificaba gracias a la visión de Cristo presente en su alma. Y ya que Dios lo había llamado con un llamamiento especial ya en favor de sí mismo ya en favor de los demás, por eso le otorgó dones singulares. Más aún, fue el mismo Dios increado quien nos manifestó la verdadera plenitud que tuvo nuestro padre San Francisco, plenitud que nosotros no llegamos a comprender. Y Francisco mereció esos dones y esa plenitud a través de una oración profunda y constante.

Pues bien, cuando te salga al encuentro uno de esos tipos que se jactan de tener el espíritu de libertad y te diga: “¿Por qué pretendes juzgarme? ¿Qué puedes saber tú lo que tengo en el corazón?”, le puedes responder con seguridad y reprender animosamente, amonestándolo: “El Espíritu Santo nos enseña a juzgar si las obras son malas”. Efectivamente, el Espíritu Santo, apenas es infundido en un alma, la pone en orden de manera perfecta, y según la perfección con que regula el alma, así regula el cuerpo. Decir de otra manera es decir una cosa falsa.

Cuanto más perfecta y puramente vemos, tanto más perfecta y puramente amamos. Así como vemos, así amamos. Por eso, cuanto más vemos de ese Dios-Hombre, Jesucristo, tanto

más nos transformamos en el por el amor. Y así como nos transformamos por el amor, así nos transformamos por el dolor, que el alma contempla en ese Dios-Hombre.

Lo que he dicho del amor —que cuanto el alma ve tanto ama—, lo digo también del dolor. Cuanto más ve el alma del misterioso dolor de ese Dios-Hombre, tanto más es capaz de sufrir y de transformarse en El. Cuanto más ve el alma la nobleza y la delicadeza de ese Dios-Hombre, y cuanto mayor es esa visión, tanto más el alma se transforma en El por amor.

Por eso, cuanto más ve el alma el dolor inefable de esa visión, tanto más el alma se transforma en El por el dolor. Así como el alma se transforma en Jesús por el amor, así se transforma en El por el dolor.

Una vez que el alma ve esa grandeza y esa nobleza infinitas de Dios —¡al nombrarlas me parece más bien blasfemar que definir!— y luego mira a los hombres tan mezquinos con los cuales esa inaccesible altitud divina se dignó estrechar lazos de amistad y de consanguineidad; cuanto más profunda y claramente el alma considera estas cosas, tanto más entrañable y profundamente se transforma en el dolor del Dios-Hombre, Jesús.

El alma, inefablemente sumergida en la infinita bondad de Dios, ve a la criatura tan cuajada de defectos que, al verlos, queda como ennegrecida. Advierte que no puede comprender nada de esos defectos en comparación de lo que son. Y cuanto más lípidamente el alma ve estas cosas, tanto más dolorosamente se transforma en el dolor del Dios-Hombre, Jesús.

Más tarde, cuando el alma, dilatada por la luz de Dios, se da cuenta de que ella misma es y fue causa de ese extremo y casi infinito dolor, entonces ella también se transforma en ese sumo dolor. Y cuando el alma considera que la superinfinita bondad de Dios se humilló por ella, criatura vilísima, hasta el punto de hacerse hombre mortal y de ser atormentado por un dolor constante e incomprensible mientras vivió, y que El, quien es el Creador del cielo y de la tierra, quiso morir de manera tan ignominiosa, entonces el alma se transforma aún más en El por el dolor.

Si en todo tiempo el hombre procura brindar sus cuidados

a otro hombre, lo hace con mayor solicitud en el momento de la muerte. Pero el Rey de reyes, cuya vida no fue más que una cruz indescriptible por el dolor constante que soportó, en la muerte tuvo como cámara dorada y lecho de púrpura la abominable cruz. Y ya no hubiera tenido más fuerzas para sostenerse en esa cruz infame si no hubiera sido sostenido por los ganchos de los clavos.

Y esos clavos lo retuvieron en la cruz por las manos y los pies: de otra manera no hubiera podido sostenerse en ese patíbulo corto e insuficiente. Por servidores, todos solícitos y hacendosos para servirlo, tuvo a los satélites del diablo, muy atentos y siempre dispuestos para atormentarlo con más crueldad e infligirle profundas heridas. También en la muerte le negaron un sorbo de agua cuando lo pidió y hasta gritó por la sed (Jn. 19, 28).

Cuanto más clara y nítidamente ve el alma estas cosas, más íntima y entrañablemente es absorbida y transformada en ese misterioso y constante dolor del Dios-Hombre, Jesús.

En fin, cuando el alma se da cuenta de que cayó por la pobreza, y que el Dios—Hombre, Jesús, la levantó por la pobreza contraria; cuando se da cuenta de que había incurrido en los tormentos eternos y que el Dios-Hombre, Jesús, quiso sufrir un constante y casi infinito dolor para liberarla de esos tormentos; cuando se da cuenta de que había caído en el desprecio de la suma e inefable divinidad y que el Dios-Hombre, Jesús, quiso ser despreciado, injuriado y aparecer abyecto a los ojos de todos para liberarla de esos desprecios; entonces se transforma en el inmenso e indescriptible dolor del Dios-Hombre, Jesús.

Todos estos aspectos de la pobreza los hallamos de manera altísima, perfecta e inefable en nuestro bienaventurado padre Francisco, hacia el cual debemos mirar para imitarlo ¹⁸.

¹⁸ A esta meditación de Angela, a través de la sucesión y variación de los mismos temas, nos complacemos en llamarla un largo, meduloso poema que pinta con conmovedores acentos la grandeza interior de Francisco, el enamorado de Dama Pobreza y de la Cruz. Es un verdadero panegírico de altos quilates.

En el nombre de la Santísima Trinidad y de la bienaventurada Madre de nuestro Señor Jesucristo. Aquí se habla de una serie de dones que el Altísimo concedió al alma de una sierva de Cristo.

Estas cosas las pude aprender de su boca con gran esfuerzo y muchas súplicas y máximo empeño, si bien yo estuviera vinculado a ella por una gran amistad y caridad en Cristo. Por su grandísima y admirable discreción acerca de los dones de Dios, nada ciertamente yo habría podido saber. Pero el gran pesar que le mostré por mi alejamiento imprevisto y prolongado y el incierto retorno para volver a verla, la movieron a una gran compasión. Muchas veces me repitió que sentía que no debía decir nada y, entre las numerosas y virtuosas justificaciones, alegaba también la imposibilidad de expresarse. No se podía transcribir en palabras humanas las experiencias sensibles e imaginativas que la sierva de Cristo vivió hasta ese momento. Menos todavía podía hablar de las otras experiencias espirituales, relacionadas con algunos frailes o con los éxtasis habidos.

Y en toda verdad se trata de realidades inefables. Aquí diré unas pocas cosas como las aprendí de su misma boca y el Señor me concede recordar.

Si bien esa alma bendita goce de luces que la tienen continuamente absorta en Dios, según modalidades para nosotros incomprensibles pero para ella constantes e ininterrumpidas, con todo, del infinito mar de la divina bondad esa alma recibe dones siempre nuevos, jamás experimentados antes, y en general más altos que los precedentes, y que la introducen más y más en el infinito abismo de Dios.

El domingo anterior a la fiesta del Perdón de Asís, durante

¹⁹ Este capítulo y el siguiente no han sido dictados por Angela ni transcritos por Arnaldo, sino por otro discípulo el cual reelaboró y amplió algunas experiencias de la sierva de Dios. El estilo es distinto. Faltan la sencillez, la espontaneidad y la claridad que hemos admirado hasta ahora.

la Misa que se cantaba en el altar de la Virgen, en la iglesia superior de San Francisco, hacia la elevación del Cuerpo del Señor, mientras los órganos acompañaban el himno angélico: "Santo, Santo, Santo...", su alma fue arrebatada y absorbida por la majestad del Dios encarnado en la luz increada, y cayó en éxtasis. Fueron tan grandes la iluminación y la visión de su mente, que son del todo indescriptibles. Cuanto aquí se dice con palabras, es absolutamente nada, y ninguna lengua humana puede decir algo acerca de esa bendita atracción del omnipotente Dios encarnado.

Después de esa abismal inmersión en Dios y quedando ella todavía absorta en él, se le apareció la figura del Dios-Hombre crucificado, como si en ese momento fuera bajado de la cruz. Su Sangre estaba todavía fresca y fluía roja de las llagas, como si en ese momento brotara de recientes heridas. Además, todos los miembros y las junturas del cuerpo parecían desarticuladas y disueltas, a causa de la despiadada tensión y horrorosa contracción de los miembros virginales provocadas por las manos homicidas de los perversos sobre el patíbulo de la cruz. Y los nervios y las junturas de los huesos de ese cuerpo santísimo parecían del todo distorsionados de su natural conexión. Sin embargo, en su piel no se veían rasgaduras.

Ante tan desgarradora vista, las entrañas de la sierva de Cristo se sintieron traspasadas por una compasión tan aguda que parecía toda transformada, en alma y cuerpo, en los dolores de la cruz.

Y se sentía herida al ver los miembros cruelmente distorsionados a causa de la dolorosa tensión muscular más que al ver las llagas recién abiertas, porque en ellos se iluminaba más el alma penetrando el secreto de la pasión y la ciega inhumanidad de los verdugos. El aspecto del cuerpo martirizado del bueno y amado Jesús la movía a tal compasión, que todas las junturas producían nuevas torturas en la vidente y la movían a un nuevo sentimiento de dolor que le traspasaba el cuerpo y el alma.

La sierva de Cristo quedaba pasmada por la influencia divina, porque el Dios encarnado alimentaba su mente con las inefables ilustraciones y con los abismales esplendores de su

dulce divinidad; y el mismo bendito Jesús, Dios-Hombre, la traspasaba de parte a parte con la manifestación de su crucifixión y los piadosos dolores de su cruel muerte.

Parece en verdad que el bendito y glorioso Jesús haya concedido a esa alma, de manera perfecta y con un acto invisible, el doble estado de su vida: la contemplación perfecta de la vida y de la crucifixión del cuerpo, y la compasión por la propia muerte que transforma el alma. Y esa sierva de Cristo, más que cualquier otra alma que yo haya conocido, se esfuerza por ser en todo conforme a la vida de Cristo, con el empeño de todo su ser. Pero dejemos todo elogio, que sería completamente insuficiente para describir sus virtudes y sigamos nuestro relato.

Mientras, toda absorta en la divina felicidad y traspasada por la visión del Crucificado, estaba a la vez gozosa y afligida, impregnada de mirra y de miel, deificada y crucificada: he ahí que súbitamente aparece alrededor de ese bendito Jesús dolorido la multitud de hijos de esa madre. Jesús abrazaba amorosamente a cada uno de ellos y les daba a besar la llaga del costado, mientras con las manos atraía sus cabezas.

El gozo, derramado en el corazón de la madre por tan entrañable amor demostrado por el Dios-Hombre crucificado, le hizo olvidar los íntimos dolores que le habían atravesado el alma ante una visión tan insufrible.

Le pareció también que hubiera varios grados en el abrazo de los hijos y en el beso del costado. A algunos Jesús estrechaba más, a otros menos; a algunos los acercaba repetidas veces; a otros los absorbía corporalmente de manera más íntima. Sobre sus labios aparecía un esplendor de sangre roja que coloreaba todo el rostro de algunos, según el grado del abrazo. Sobre cada uno derramaba sus abundantes bendiciones diciendo: "Descubrid, oh hijos, el camino de la cruz, de la pobreza y de mi dolor, porque ahora especialmente son numerosos los que lo esconden. Este es el fin para el cual os he elegido uno a uno: para que por vuestro medio —con vuestras palabras y vuestras obras— aflore a la luz mi verdad, pisoteada y escondida".

Esa alma bendita comprendía que así como todos esos signos aparecían según grados diversos, así las palabras pronun-

ciadas habían de ser interpretadas por los hijos de manera diversa, según los distintos grados. Y si bien ella viera a cada uno de ellos en su propio grado, sin embargo, no lo quiso revelar jamás expresamente acerca de ninguno, ni a mí me pareció oportuno interrogarla al respecto.

Que cada uno, pues, se modele cuanto más pueda sobre ese bendito Crucificado y acoja su mandamiento de seguir el camino del desprecio, de la pobreza y de la cruz con toda sus fuerzas.

Dijo también que le era del todo imposible expresar el amor secreto que resplandecía en los ojos de Jesús por esos hijos y que se manifestaba en su abrazo, en el arrimo a su sagrado costado, y en todos los signos de bendición y en las palabras que se referían a ellos. Pero creo que estos hermanos, que el Altísimo quiso fueran los hijos de las entrañas de tan santa madre, deben prestar particular atención a cuanto ella me confió: que los dones y los beneficios que Dios le concede, comienzan con el arrebató y el éxtasis de amor y se concluyen con la contemplación en Dios de todos sus hijos. Con tal hecho Dios le hace ver claramente que ella es para nosotros la raíz impetratoria de todo bien, y nosotros somos su gozo y su corona en el Señor. Así la raíz de su ardiente amor se expande y crece en nosotros como en sus retoños.

Revelaciones y carismas

Es también muy digno de meditación lo que me dijo: que su elevación en Dios increado y su transformación en el Crucificado ponen a su alma en un estado constante de transformación en Cristo y de abismamiento en Dios, que cree que jamás podrá perder. Por mi parte estoy convencido, no sé si rectamente, de que todas las palabras semejantes a éstas, que ahora y otras veces han sido pronunciadas, demuestran que esa alma bendita se halla en un proceso de continua transformación en Dios, luz toda infinita y en un sentimiento, hasta ahora no experimentado, de Jesús crucificado y doliente.

Y tal proceso, si bien constante y jamás interrumpido, casi

a manera de costumbre o hábito, a mi parecer, recibe también el aumento de nuevos fervores, de gozos, de felicidades y de nuevos sentimientos, como sucedió por la primera y continua iluminación. Este estado en su conjunto es constante, pero en cuanto a la intensidad puede a menudo modificarse. Por esto se dice que permanece el mismo. Y, sin embargo, se puede decir también que con respecto a los modos de mayores ardores y felicidades e iluminaciones, él se renueva.

Sobre este problema sería más oportuno interrogarla a ella, que por haberlo experimentado, lo explicaría mejor que yo que balbuceo y no sé expresar exactamente los conceptos.

Hice esta precisión porque ella se refirió a la procesión como a algo nuevo respecto del primer estado y yo lo interpreté en el modo antedicho, en relación con esos hechos en los que tal estado concuerda con el precedente ²⁰.

Todo su estado es tan indescriptible que apenas puedo balbucir algo. Y no es de extrañarse, porque ella misma, experta y maestra de estas cosas, confiesa que nada puede decir de lo que es. En efecto se trata de experiencias inefables. Y cuando intenta expresar lo que es inexpresable, le parece casi blasfemar. Pero de vez en cuando cediendo a mis insistencias, ya que lleva entrañas de madre, se deja vencer, si bien con mucha y pasmosa pena. A diferencia de cualquier otra alma que he conocido, una de sus frases habituales es ésta: “¡Mi secreto para mí, mi secreto para mí!”.

El día de la procesión, mientras todos nos dirigíamos a la iglesia de la Porciúncula y ella estaba en el cortejo, advirtió esa atracción abismal hacia el Dios increado, de que hemos hablado, en un modo esplendoroso y del todo inefable. Vio a Dios Trino y Uno en toda su majestad habitar en las almas de sus

²⁰ La frase es oscura. El mismo autor confiesa su incapacidad de expresar con claridad el pensamiento de Angela. La procesión, de tantas resonancias místicas en el corazón de Angela y que será detallada unas líneas más adelante, partía —y sigue partiendo aún hoy en día— la tarde del 1 de agosto de la basílica de San Francisco y entre cantos y rezos se dirigía en un recorrido de unos tres kilómetros hacia la capilla de Santa María de los Angeles o de la Porciúncula.

hijos, transformándolos en sí, de manera diversa, según los grados antedichos. Para ella, el contemplar en ellos esa inhabitación divina era un inmenso paraíso. Y embargada de amor, veía que Dios se transfundía en ellos con tal amor, que ella no llegaba a saciarse de mirarlos. Yo que escribo, doy fe de haber visto con mis ojos que ella tenía el rostro todo transformado en una angélica, deslumbradora y gloriosa felicidad.

Eran tan grandes las bendiciones que el Dios increado derramaba sobre sus hijos y estaban pronunciadas con tanta dulzura y ternura que por inefables se honran mejor con el silencio. Entonces ella pedía a sus hijos: "Hijos amadísimos, transformaos para mí en un total holocausto con toda vuestra alma y con todo vuestro cuerpo. Considerad, hermanos, con qué afecto y con cuáles obras debemos amar a Aquél que se entrega a nosotros tan entrañablemente y va en busca de nosotros con tan grande amor y ansias de posesión".

Entonces le fue concedida la contemplación del Dios-Hombre, como ya describí, que provocó en ella tal compasión por la tortura y la dislocación de los miembros que no llegó a expresar. Y El, sin la ayuda de ninguna mano, era transportado delante de sus ojos, por el aire, a lo largo del trayecto de la procesión. Entonces, delante del Crucificado, por el deseo de la madre, se congregaron todos sus hijos, presentes y ausentes, y Jesús los abrazaba a todos, como ya se describió, los apretaba contra su pecho y les decía: "Yo soy el que quita los pecados del mundo; y he quitado todos vuestros pecados, que serán borrados para siempre. He aquí el baño de vuestra purificación; he aquí el precio de vuestra redención; he aquí la morada donde viviréis. No temáis, oh hijos, de descubrir y de defender esta verdad, que muchos impugnan, de que soy el Camino y la Vida. Yo estaré siempre con vosotros, y seré vuestra ayuda y vuestro defensor".

Entonces le fue señalada —como muchas veces en el pasado— la purificación de su hijos según estos tres grados.

Existe una purificación general de toda culpa; y existe para algunos una purificación especial, que consiste en otorgar una gran gracia de fortaleza, para evitar fácilmente los pecados.

dos. El alma recibe un brillo peculiar en cada purificación, pero en la segunda logra una belleza sublime y deleitosa. En la tercera el alma disfruta de tal exceso de belleza, que no tengo palabras para describirla. La misma sierva de Cristo me dijo que es del todo inefable.

Y como yo la importunaba e insistía para que me aclarara algo me contestó: “¿Qué quieres que te diga? Estos hijos parecen como transformados en Dios. Así que casi nada veo en ellos sino a Dios, a veces en su gloria, otras en su pasión. Me parece que estos hijos han sido por Dios totalmente transubstanciados y abismados en El”

Después, al acercarnos nosotros a la iglesia de la Virgen y Madre de Dios, he ahí que la Reina de la misericordia y la Madre de toda la gracia, que antes había aparecido elevada hacia el cielo, se inclinó sobre estos hijos e hijas en una forma del todo nueva y gentil, y repartió a todos sus más dulces bendiciones. A todos besaba sobre el pecho, a algunos más, a otros menos; y a otros, además de besarlos, los apretaba entre sus brazos con tal amor que, apareciendo toda luminosa, parecía absorberlos en una luz casi infinita, dentro de su pecho. Pero no le parecía que la Virgen tuviera brazos de carne. Veía una luz estupenda y dulcísima en la que la Virgen los encerraba dentro de su pecho y los absorbía con infinito, maternal amor.

La mañana del día de la indulgencia, mientras se celebraba la Misa junto al púlpito, el Altísimo obró en ella muchas cosas. Entre otras se le apareció el bienaventurado Francisco, resplandeciente de gloria, que le dirigió su acostumbrado saludo: “¡La paz del Altísimo esté contigo!”. Y la voz de él era suave, humilde, graciosa y cariñosa. Alabó mucho el propósito de algunos hijos, ardientes de celo para observar la regla de la pobreza y los exhortó a crecer en las obras, diciendo: “La bendición eterna, abundante y completa, que yo tuve del eterno Dios, descienda sobre la cabeza de estos amadísimos hijos, tuyos y míos. Diles que me ayuden, siguiendo el camino de Cristo y haciéndolo conocer a los demás con las palabras y con las obras. Y no temán, porque yo estoy con ellos y el eterno Dios es su ayuda”. Con mucho afecto alababa el buen propósi-

to de estos hijos y los estimulaba a proceder con seguridad, y a ayudarlos en sus designios. Y los bendecía tan amorosamente que parecía derramar sobre ellos todo su amor.

Vio también muchas otras cosas inefables acerca de sí misma y de los hijos, pero no pude arrancárselas. Y lo poco que escribí —que es mucho en valor y substancia—, lo relaté con toda fidelidad, como pude, si bien achicándolo con mis palabras. Al fin, con mucha dificultad y casi sufriendo, cediendo a mis insistencias, añadió:

¿Por qué queréis saber tantas cosas? El Dios bendito y su dulce Madre derraman todo su amor sobre vosotros. Uno y otra han querido llevar sobre sí todo el peso de vuestra penitencia. Sólo os piden que seáis luminosos ejemplos de su vida de dolor, de pobreza y de desprecio.

Quieren veros muertos, aún viviendo, y desean que vuestra habitación esté en el cielo y que sobre la tierra sólo tengáis el uso del cuerpo. Así como un muerto no se inquieta ni por los honores ni por los adornos, así tampoco vosotros habéis de inquietaros por vuestro ser exterior. Debéis predicar a los demás con la mortificación de vuestra vida más que con discursos polémicos. En todos vuestros actos, vuestra mente esté siempre en el cielo, en el bendito Dios increado y en el Hombre crucificado. Así ya hablando, ya comiendo, ya realizando cualquier acto exterior, en vuestro interior estéis constantemente unidos al bendito Dios que quiere llevaros siempre en su corazón y asistiros en todas vuestras acciones.

Que Dios, quién en su misericordia se ha complacido en pedirnos estas cosas, se digne cumplirlas en nosotros, por los méritos de su gloriosa Madre y por la intercesión de su predilecta sierva, en cuyos merecimientos quiso injertarnos como retoños.

Por su mediación, como a través de una escala de ejemplos saludables y de méritos radicales, podamos ascender continuamente hacia la cumbre de su santísima vida y llegar, como ella, a la transformación de la sagrada pasión, hasta que en compa-

ña del bendito Jesús podamos entrar en el seno del Padre y con El descansar allí donde está todo el descanso de los santos, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

Mansos y humildes

Considerad, hijos míos benditos, y meditat el ejemplo de vida del Dios-Hombre llagado, y de El sacad el modelo de toda perfección.

Mirad la vida de Jesús, aprended su doctrina, y con todo el amor de vuestra alma corred en pos de El, para que podáis llegar felizmente, bajo su guía a la cruz. Fue el mismo Jesús el que se ofreció a nosotros como ejemplo y el que con el cariño de su alma nos exhorta a mirarle, diciendo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt. 11, 29).

Hijos míos, considerad y ved, y con profunda atención meditat el abismo de esta doctrina, la sublimidad de esta enseñanza, y dónde tiene su fundamento y sus raíces.

Jesús no dijo: “Aprended de mí a ayunar”, si bien, para darnos ejemplo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches. No dijo: “Aprended de mí a despreciar las cosas mundanas y a vivir en pobreza”, si bien El vivió en la pobreza más grande y quiso que sus discípulos vivieran en pobreza. No dijo: “Aprended de mí a hacer milagros”, si bien El por propia virtud obró muchos milagros y mandó a sus discípulos que obraran milagros en su nombre. Dijo solamente: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Con toda razón, Jesús puso esta humildad del corazón y esta mansedumbre del cuerpo como fundamento y raíz solidísima de todas las virtudes. Para nada valen ni la abstinencia, ni la aspereza del ayuno, ni la pobreza exterior, ni la abyección del vestido, ni el hacer obras aparentemente virtuosas, ni el realizar milagros, sin la humildad del corazón. Pero entonces será bendita la abstinencia, será bendita la aspereza del ayuno, será bendita la pobreza del vestido, serán benditas y vivas todas las obras, cuando se asienten sobre este fundamento.

La humildad del corazón es la matriz en la cual son engendradas y de la que proceden todas las demás virtudes y las operaciones de las mismas virtudes, como el tronco y las ramas brotan de la raíz. La virtud de la humildad es tan preciosa, y es tan incommovible su fundamento sobre el cual se alza toda la perfección de la vida espiritual, que el Señor quiso que debiéramos aprenderla principalmente de El.

La humildad del corazón es raíz y custodia de todas las demás virtudes. Por eso María, casi olvidada de todas las demás virtudes existentes en su alma y en su cuerpo, de esta sola se felicitó consigo misma y afirmó que Dios se había encarnado en ella sobre todo por esa virtud, al decir: "Dios miró la pequeñez de su esclava" (Lc. 1, 48).

En esta humildad, oh hijos míos, procurad con todos vuestros esfuerzos poner vuestro fundamento y afianzaros firmemente, para que, así como los miembros están unidos a la cabeza con una conexión natural y verdadera, así en el Cristo y por El podáis hallar la paz para vuestras almas.

¿Y dónde, oh hijos míos, una criatura puede hallar paz y descanso sino en Aquél que es la paz suprema, el descanso la pacificación y la suprema serenidad de las almas? A El ninguna alma puede llegar si no está fundada en la humildad, sin la cual todas las virtudes, que podrían hacernos correr hacia Dios, nos parecen y son de veras una nada.

La humildad del corazón, que el Dios-Hombre quiso que aprendiéramos de El, es como una luz vivificante y clara, por medio de la cual la inteligencia del alma se abre para conocer la propia nada y bajeza, y a la vez la inmensidad de la bondad de Dios. Y cuanto más un alma conozca la grandeza de esa bondad, tanto más avanzará en el conocimiento de sí misma. Y cuanto más conozca y descubra su nada, tanto más se elevará en el conocimiento y en la alabanza de la inefable bondad de Dios, que ella comprende tan nítidamente a través de la humildad. De ahí comienzan a nacer las virtudes.

La primera de todas las virtudes, que es el amor de Dios y del prójimo, tiene su origen en esta luz. El alma, descubriendo su nada y viendo que Dios se humilló y se rebajó por una nada

tan indigna, y hasta se encarnó en su nada, se inflama en amor, e inflamada en tal amor se transforma en Dios. Así transformada en Dios, ¿puede haber criatura que esta alma no ame con todas sus fuerzas?

Sin duda, por el amor hacia el Creador, en el cual se transformó, ella ama a toda criatura como conviene, porque en toda criatura ve, comprende y conoce a Dios. De ahí viene que se alegra y goza en los bienes del prójimo, y se aflige y se entristece en sus males. ¿Cuál es la razón? Porque se hizo comprensiva. Y así viendo los males físicos y espirituales del prójimo, no se atreve a juzgarlo ni a despreciarlo, ni se vanagloria de sus propios bienes espirituales.

Iluminada por esta luz, el alma sabe verse de manera perfecta, y descubriéndose, se da cuenta y conoce que ella también cayó en los males semejantes a los del prójimo; y si no cayó, intuye y comprende que con sus solas fuerzas no habría sido capaz de resistir. Sólo lo ha podido con la ayuda de la gracia que la tomó de la mano y la fortaleció contra el mal.

Por eso al juzgar no se ensalza, sino que se humilla más, porque en el defecto del prójimo vuelve en sí y nota con toda claridad los males y los defectos en los que cayó o habría podido caer, si no hubiera sido sostenida por Dios.

Y los males físicos que descubre en el prójimo, por el sentimiento de amor que la transforma, los considera como suyos y los compadece, así como dice el apóstol: “¿Quién esta enfermo sin que yo también esté enfermo?” (2 Cor. 11, 29).

Así como la virtud de la caridad tiene su origen y su raíz en la humildad, así podría decirse de la fe, de la esperanza y de toda virtud que, según sus propiedades, tienen su origen y su nacimiento en el fundamento de la humildad. Hablar de cada una en particular sería muy largo. Es mejor quizás que cada uno de vosotros se detenga a meditar en silencio.

Os he dicho esto, hijos míos, para que os afirméis en este fundamento, en él os arraiguéis y os esforcéis por crecer.

El que está verdaderamente arraigado en la humildad, tiene una conducta enteramente angélica, pura, benigna y pacífica. Por el hecho de ser comprensivo, agrada a todos y con todos se muestra amable, especialmente con los predestinados,

para cuya conversión ha sido puesto como luz y ejemplo. Las almas más fácilmente se convierten a través de la mansedumbre y de la comprensión.

Y porque es hombre de paz y *posee la paz* en su interior, no se turba por ninguna contrariedad y con toda verdad puede decir con el apóstol: “¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, la angustia, el hambre, la persecución, los peligros?...” (Rom. 8, 35).

Poneos pronto en búsqueda de ella, hijos queridos, y en esa búsqueda no descanséis hasta hallar este fundamento sin el cual no podéis avanzar en el camino de Dios. Esta búsqueda os es muy útil y necesaria, porque me doy cuenta de que sin esta humildad las virtudes son nada.

Oh hijos, satisfaced mi deseo: afirmaos en este fundamento. Saciad mi sed, hijos, y en la hondura de ese fundamento estudiad más a fondo el conocimiento de vosotros mismos y de vuestra miseria. Realizad mi deseo, por el cual estoy en ascuas, sedienta y hambrienta, para que, partiendo del conocimiento de vuestra nada, os abisméis en la inmensidad de la bondad de Dios. Si totalmente os sumergiereis en el piélago de la inmensidad de Dios y del conocimiento de vosotros mismos, entonces con toda verdad poseeréis como fundamento la humildad de que he hablado. Entonces no seréis tan proclives a las riñas y a las reyertas, sino que estaréis en compañía del Dios-Hombre crucificado, como sordos que no oyen y como mudos que no saben ya hablar. Y así seréis verdaderos miembros del cuerpo de Cristo, cuya vida, según la palabra del apóstol, no provoca ninguna contienda (Rom. 13, 13).

¡Oh cuántos bienes produce esta humildad, que vuelve pacíficos y mansos a los que la poseen! Ellos están tan pacificados por la paz interior que, si oyen cosas hirientes contra ellos mismos o contra alguna verdad, no saben contestar sino con pocas y sumisas palabras. Y si alguna cosa les parece falsa, prefieren confesar su ignorancia o su incapacidad de comprender, antes que replicar con litigios. Este corte neto de la lengua me parece que tiene su raíz en el doble abismo, el de la inmensidad de Dios y el del conocimiento de la propia miseria. A ese abismo el alma llega a través de la luz de la humildad.

Examen apremiante

Pero ¿dónde hallar esta humildad y la conciencia de nuestra miseria? ¿Dónde hallar esta luz, este abismo y este corte neto de la lengua? Todas estas cosas se hallan en la oración fervorosa, pura y constante. En esa oración el alma, principal y especialmente, aprende a mirar y a leer el libro de la vida: la vida y la muerte del Dios-Hombre crucificado.

Al contemplar la cruz, el alma llega al perfecto conocimiento de sus pecados, y en ellos se humilla. Y en esa cruz, mientras por un lado ve el gran número de sus pecados y como con cada uno de los miembros ha ofendido a Dios, por el otro descubre también el indecible amor y la entrañable misericordia de Dios hacia ella. Ve cómo el Dios-Hombre por los pecados de cada miembro padeció en cada miembro de su cuerpo bendito los castigos más crueles.

En esa mirada a la cruz el alma considera cómo ha ofendido a Dios con la cabeza, o sea lavándose, peinándose, perfumándose, para agradar a los hombres en contra de Dios, y luego comprende que el Dios-Hombre por tal género de pecados hizo expiación en su cabeza, y soportó un castigo muy grave. En lugar del lavado, del peinado y de los perfumes, de los que el alma abusó, la santa cabeza de Jesús fue depilada, pinchada por las espinas, horadada, toda ensangrentada con la preciosa sangre y hasta golpeada con la caña.

Ve también el alma cómo ha ofendido a Dios con todo el rostro, y especialmente con los ojos, con los oídos, con el olfato, con la boca y con la lengua; y considera cómo Jesús fue ultrajado en el rostro en expiación de esos pecados. Por los cuidados del rostro, con los cuales el alma sabe que ofendió a Dios, ve a Jesús castigado con bofetones y ensuciado con espantos. Por haber mirado deshonestamente, deteniéndose en cosa vanas y nocivas, y por haberse complacido en esas miradas contra Dios, ahora descubre que por tal género de pecados Jesús tuvo los ojos vendados y bañados de sangre que brotaba de la cabeza a través de los agujeros de las espinas, y también bañados por las lágrimas que Jesús derramó en la cruz.

Y por haber ofendido a Dios con los oídos escuchando cosas vanas y nocivas, y hallando gusto en tales palabras, ve ahora a Jesús soportar por esos pecados un atroz castigo. Con sus propios oídos El tuvo que escuchar esa horrorosa gritería de los que vociferaban contra El: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” (Jn. 19, 6). Y para redimir a la humanidad, debió escuchar su condena de labios de un hombre perverso y las burlas y las blasfemias de los impíos.

El alma descubre que ha ofendido a Dios con la boca y con la lengua, pronunciando palabras vanas y llenas de muerte y deleitándose con los refinamientos de los alimentos; ahora ve a Jesús que tiene la boca sucia por los salivazos, la lengua y el paladar acibarados por la hiel y el vinagre. Y por haber disfrutado de olores suaves, ve que ofendió a Dios, y ahora piensa en los apestosos hedores de salivazos que Jesús debió sopotrar por nosotros con su olfato. Al fin, el alma mirando a la cruz, considera como con su cuello ofendió a Dios, agitándolo por furia y soberbia en contra de El, y por tal pecado ve a Jesús cruelmente torturado por las bofetadas.

El alma ve también que ha ofendido a Dios con abrazos deshonestos y con movimientos de hombros; y ahora ve cómo Jesús también de esto hizo expiación, apretando la cruz con sus sagrados brazos y llevándola sobre sus hombros con gran ignominia. Ve cómo ofendió a Dios con el tacto y con el caminar, alargando sus manos para arrebatarse lo ilícito y moviendo sus pies en contra de El; por causa de eso ve a Jesús sobre la cruz, extendido y violentado, tironeado de una parte a otra como cuero de curtir, con las manos y los pies clavados en la cruz, cruelmente heridos y atravesados por horrendos clavos.

Considera luego cómo ha ofendido a Dios con su rebuscado y vanidoso atuendo; y por esto ve a Jesús despojado de sus vestiduras y elevado en la cruz, mientras los soldados sorteaban sus vestidos.

Al fin, el alma ve que ofendió a Dios con todo su cuerpo, y por esas ofensas ve todo el cuerpo de Jesús de muchas maneras y horriblemente dilacerado por los latigazos, traspasado por la lanza y todo bañado en su preciosa sangre.

Y cómo el alma se complació en su interior por cada uno de los pecados, ve que ahora Jesús en su alma santísima padece tormentos innumerables, diversos y horribos, o sea, los dolores de su pasión física, por los que su alma fue también inefablemente crucificada; los dolores por la compasión de su santa Madre; y los dolores por las afrentas hechas a la divina Majestad; y en fin, los dolores con que tuvo compasión por nuestra miseria. Todos estos dolores simultáneamente unidos en el alma bendita de Jesús, la torturaron de manera horrible e indescriptible.

Venid, pues, oh hijos benditos, y mirad esa cruz, y conmigo llorad a Jesús que sobre ella murió por nuestros pecados. ¡Fuimos nosotros la causa de tan grande dolor!

Los que no ofendieron a Dios con todo su ser, como lo ofendí yo que soy toda pecado, lloren y se duelan lo mismo. No fueron ellos los que resistieron al pecado, sino la gracia de Dios que los protegió; y, pese a esa ayuda, no expresaron su gratitud a Dios. Por eso también ellos tienen motivos de llorar.

Si hay en fin algunos que nunca ofendieron mortalmente a Dios, también ellos se duelan y lloren. En su estado de integridad y de pureza, no se esforzaron por agradar a Dios como debieran, ni fueron de ayuda a los demás con el ejemplo como debieran, y así en algún modo empañaron su pureza.

Por eso, todos debemos llorar, todos debemos dolernos, debemos levantar los ojos del alma hacia la cruz, sobre la cual el Dios-Hombre, Jesús, realizó tan dura expiación y soportó tan despiadado castigo por nuestros pecados. En la contemplación de la cruz, a la cual el alma no puede llegar sino a través de una auténtica y constante oración, como se dijo, se alcanza el pleno conocimiento, el dolor y la contrición de los pecados, y la luz de la humildad.

En esa contemplación de la cruz, el alma, viendo sus propias culpas, en conjunto y en detalle, como se dijo, y viendo cómo Cristo por todos y por cada uno de los pecados padeció aflicciones, tormentos y la misma pasión, también sufre y se entristece, y en su pena empieza a castigar y a refrenar cada uno de los miembros y de los sentidos con los que ofendió a Dios. Y aquí recibe la circuncisión verdadera y espiritual que

Cristo quiso prefigurar en su circuncisión. Cristo fue circuncidado, principalmente, para darnos el ejemplo de la circuncisión espiritual que el alma recibe en la contemplación de la cruz.

También vosotros, oh hijos queridos, esforzaos por lograr semejante circuncisión de modo que el que ofendió a Dios con los ojos, mirando cosas inútiles y nocivas, circuncida sus ojos y castígueles sustrayéndolos de las miradas ilícitas y compeliéndolos a llorar todas las noches. Los que, arrastrados por la gula, saben haber ofendido a Dios, circuncidan y castiguen su boca, absteniéndose de los manjares refinados y conservando la sobriedad del cuerpo y del alma. Los que ofendieron a Dios con la lengua y con la boca, hablando con soberbia, sembrando escándalos y calumniando a los demás, teniendo discursos tontos o quizás blasfemando, circunciden y castiguen su lengua y boca, confesando sus pecados, dirigiendo al prójimo palabras de paz y de santa exhortación, dedicándose con constante oración a la alabanza de Dios y, guardando, en cuanto les es posible, el silencio.

Así, hijos míos, gobernando todos vuestros miembros, vuestros sentidos y los movimientos del alma, procurad consagrarlos a Cristo, el Señor. El recuerdo de haber ofendido a Dios con vuestros miembros transforme el montón de vuestros pecados en un montón de méritos.

Para un mejor aprovechamiento, someted vuestra vida a un examen diario, y al menos una vez por día recogeos en este examen, y evocad ante los ojos del alma todo vuestro tiempo pasado. Si de este pasado recordáis algún bien alabad a Dios; en caso contrario, llorad y gemid.

Esta es la verdadera circuncisión del alma, prefigurada en la circuncisión del Señor.

Ser pequeños

Oh queridos hijos de mi alma, deseo para vosotros lo que deseo para mí y para mi compañera: que tengáis todos la misma unidad de espíritu y que no surjan entre vosotros divisio-

nes. Lo que une a los discordes en un solo corazón, eso deseo que esté en vuestras almas; y lo que une es el ser pequeño.

El ser pequeño no hace desear la suficiencia que viene del estudio ni de capacidades naturales, sino que inclina al alma a ver sus defectos y sus miserias; y la impulsa a cuestionarse para combatir sus imperfecciones y a enmendarse.

El ser pequeño no fastidia a nadie, ni hace a uno pesado ni polémico en su hablar, si bien su conducta hiera a todos los que son contrarios a esta pequeñez. Y eso es lo que deseo de vosotros, oh entrañas de mi alma: que vuestra vida, aún sin hablar, en este camino de la pequeñez, de la pobreza y de la discreción en el celo y en la compasión, sea un espejo luminoso para los que la quieren seguir y una espada afilada para los enemigos de la verdad.

Oh confidentes míos, perdonad mi soberbia si yo, criatura por demás soberbia e hija de la soberbia, me atrevo a amonestaros y a induciros por el camino de la humildad, mientras soy todo lo opuesto a esta virtud. Pero me hacen hablar el celo y la certeza. Os habló con la misma seguridad con que me hablo a mí misma. Y si bien haya hablado orgullosamente, con todo os ruego me perdonéis por razón de mi confianza.

Queridísimos, mi alma se tranquilizaría mucho si, haciéndonos pequeños, llegáis a ser un solo corazón, un solo cuerpo y una sola alma. Sin esa unidad no me parece que podáis agradar a Dios ²¹.

La Eucaristía, sacramento de amor

En el santo sacrificio debemos ver y meditar atentamente tres cosas, que son tres grandes verdades. No tengo la mínima

²¹ “La insistente exhortación de Angela refleja la lucha muy vivaz en su tiempo entre los franciscanos acerca de la interpretación de la Regla, particularmente con respecto a la pobreza. La sierva de Cristo quedó al margen de esos debates, si bien profesó una pobreza muy estricta. Para ella lo que más importaba eran la caridad y la humildad, sin las cuales nadie puede agradar a Dios” (Blasucci, p. 270).

duda, sino que tengo la certeza de que toda alma que conozca estas tres verdades, no podría quedar tan árida que no se colme en seguida de amor, al considerar cómo fue amada por Dios.

Es necesario que el alma penetre hasta lo íntimo del Dios-Hombre y descubra su plan de amor, actuado en el santo sacrificio. El alma debe mirar a ese inefable amor de Dios que lo impulsó a excogitar todo medio, para quedarse totalmente con nosotros. Y quiso este sacramento, no sólo en memoria de su muerte que es nuestra salvación, sino también para quedarse con nosotros, todo y siempre. Y el que quiera sondear este abismo de amor, es menester que tenga buenos ojos.

Y ahora os hablaré de esas cosas que es necesario que veamos, es decir, los dos aspectos poseídos por el Dios-Hombre y cómo el alma llegó a conocerlos.

El primer aspecto consiste en considerar el inefable amor que El tuvo por nosotros; y cómo rebosaba todo de amor por nosotros; y cómo todo lo entregó a nosotros y para siempre. El segundo aspecto consiste en considerar el indecible dolor que padeció por nosotros. Debemos considerar cómo en el momento del alejamiento, al separarse de nosotros —¡y partía hacia una muerte tan dolorosa!— debió aceptar tormentos increíblemente agudos, en los que debía ser abandonado.

Pienso que esta verdad ha de ser escudriñada por todos los que quieren celebrar y recibir este sacrificio. De ahí no se aleje el alma, sino que se detenga y quede, porque la mirada que el Dios—Hombre dirigió al género humano era tan amable que es absolutamente necesario destacar ese inefable amor, cuando decidió inmolarse todo por nosotros en el santo sacrificio.

Deteneos a considerar quién es el que quiso quedarse en este sacrificio.

“El es el que es”. Y él que es todo el ser, se quedó todo en ese sacramento. Por eso nadie se extrañe de cómo puede existir simultáneamente en tantos altares, aquende y allende los mares, y allá como acá, y acá como allá. El habló así: “Yo soy Dios, incomprensible para vosotros. Todo lo hice sin vosotros, y obro sin vosotros. Frente a lo que no comprendéis, inclinad la cabeza, porque para mí nada es imposible”.

¿Hay algún alma tan insensible que, contemplando esa mirada tan amorosa y tan sincera, al instante no se transforme toda en amor? ¿Hay algún alma que pueda sostener esa mirada tan cargada de tristeza y de amargura — ¡qué abandonado debió sentirse en su dolor que era la síntesis de todos los dolores visibles e invisibles! — sin que al instante no se transforme toda en amor? ¿Y puede haber algún alma tan escasa de amor que, al ver cómo ha sido amada y cómo El dispuso todas las cosas para quedarse totalmente con nosotros en el santo sacrificio, no se transforme toda en amor?

Esa mirada que posó sobre nosotros era tan sumamente amante que, aunque tuviera delante de los ojos la presencia de la muerte, y experimentara tormentos inefablemente agudos, mortales e incomprensibles, y estuviera aplastado por todos los sufrimientos del alma y del cuerpo, casi olvidado de sí, no renunció a su propósito, ¡tan grande era el amor que tenía por nosotros!

El amor de Dios tiene este designio: atrae a sí las cosas que ama. Las saca fuera de ellas mismas y de toda cosa creada, y a todas las une en el Increado.

Entonces el alma llega a comprender cómo toda la Trinidad tuviera el propósito de preparar este santísimo sacrificio. Entonces el alma se dirige a contemplar este aspecto del Dios — Hombre: la presencia de la muerte y de todos sus dolores.

Y así como el alma se transformó en amor por la mirada amorosa de El, así se transforma en dolor por la mirada dolorosa del Amado abandonado. El alma, meditando sobre esa mirada cargada de amargura, se transforma toda en dolor y rechaza todo alivio y consuelo; y ¡llega a ser el mismo dolor!

Y todos los que quieren ser hijos fieles del santo sacrificio, no descuiden de meditar esta verdad. Y cómo Jesús, mientras nos miraba con su mirada triste, estaba todo y solamente en cada uno de nosotros; y también cuando nos miraba con su mirada amante y fiel, se daba todo y solamente a cada uno de nosotros; por lo tanto cada uno de nosotros debe ser todo y sólo de El.

Si no existiera la visión de la mirada cargada de amargura y de tristeza, tal serían el gozo y la felicidad de la mirada de

amor que el alma desfallecería. Y si no existiera la visión de la mirada amorosa y fiel, tan grande sería el dolor de la mirada amarga y triste que también el alma desfallecería. Una cosa suaviza la otra.

Proyecto de amor

Una vez se le hizo a Angela una pregunta acerca del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que el sacerdote sacrifica sobre el altar. Ella respondió así:

Si el alma quisiera comprender y hablar de Dios, sumo y ordenador, ser increado y encarnado, y quisiera conocer algo de El y de las cosas divinas, y sobre todo del altísimo y santísimo Sacramento que El estableció se celebrara diariamente a través de la boca del sacerdote su ministro, el alma debería transformarse toda en Dios por el amor. Y así trasformada en El, debería ponerse en su presencia, entrando y quedando en la intimidad de Dios y no permanecer extraña.

A esto llamo presencia e intimidad con Dios: considerar y contemplar a Dios, sumo y ordenador y Bien increado.

En primer lugar el alma considere quién es ella y qué vale en sí misma. Después, elevada sobre ella misma en Dios, podrá contemplar a Aquél que es invisible, y conocer a Aquél que es el incognoscible, y sentir a Aquél que está más allá de toda cosa sensible, y comprender a Aquél que es el incomprendible. Así ella ve, conoce, siente y comprende a Dios, Luz invisible, Bien incomprendible, y Bien desconocido. Y comprendiendo, viendo, sintiendo y conociendo a Dios, según su capacidad, el alma se dilata por el amor en él, es colmada de Dios, se sumerge en la felicidad de Dios; y Dios en ella y con ella.

Entonces el alma posee y saborea una dulzura mayor por lo que no comprende que por lo que comprende; por lo que no ve que por lo que ve; por lo que no siente que por lo que siente; por lo que no conoce que por lo que conoce.

Y la razón, a mi parecer, es la siguiente. Por perfecta que sea el alma, y aun perfectísima como el alma de la Virgen,

cuanto comprende, ve, siente y conoce de Dios, ordenador, encarnado e infinito, es nada en comparación de lo que ve, siente, conoce y comprende que no puede comprender, ni ver, ni conocer, ni sentir. El alma, pues, debe ver, considerar, pensar, sentir y comprender acerca de este misterio y del altísimo Sacramento, quién es su ordenador increado.

El alma debe todavía ver y considerar en El lo que hace el orden, a saber cuánto hizo y hace el Ordenador de este misterio. Yo no sé más que esto: que El no se impone a sí mismo sino un amor sin medida, ya que El es el Ordenador, Dios bueno, Amor infinito.

Además, el alma debe ver y considerar el fin para el cual tal orden fue orientado y para qué esa suma e infinita Bondad quiso destinar este misterio. Y descubre que Dios quiso unirnos a sí e incorporarse a nosotros, e incorporarnos a El. Quiere que lo llevemos dentro de nosotros, para que El nos lleve y nos consuele y nos fortifique. Este es el primer aspecto de este misterioso y sublime Sacramento que el alma ve y debe ver penetrando en Dios.

Luego el alma, desprendiéndose de esa realidad más grande, ve y considera en este misterio otra realidad más pequeña pero trabada con la mayor, y ve, siente y comprende que la realidad más pequeña está en la más grande y la más grande en la más pequeña, porque descubré que el Dios increado es el Dios humanado, es decir que la divinidad y la humanidad están unidas en la única persona de Cristo. A veces, en la vida presente, el alma recibe mayor gozo de la realidad menor que de la mayor, porque el alma es más capaz y más apta para entender la realidad menor que contempla en el Dios encarnado que la realidad mayor que ve en Cristo, Dios increado.

El alma es una criatura que es vida de la propia carne y de todos los miembros de su cuerpo. Así descubre que el Dios increado es el Dios humanado, y que Cristo es a la vez creador y criatura; y halla en Cristo un alma unida a la carne y a la sangre y a todos los miembros de su santo cuerpo. Y así, una vez que la inteligencia humana descubre, ve y conoce de ese misterio que Cristo-Hombre y Cristo-Dios juntos lo han proyectado, se regocija y se expande en el Cristo, porque, como ya dije,

ve que el Dios increado es lo mismo que el Dios humanado, que se hizo conforme y semejante a ella. Y el alma humana ve el alma de Cristo, y los ojos, y la carne y el cuerpo de Cristo.

Cuando considera y ve y conoce y comprende la realidad más pequeña, no se aleja de la mayor, porque descubre y ve en este abismo humano-divino no sólo la infinita bondad de Dios, sino también el sumo e increíble amor humano. Las dos cosas proceden del mismo Cristo ordenador, que es a la vez Dios y Hombre en este misterio.

Saborea, lo repito, el más alto amor humano junto con la suma bondad de Dios. Y el alma puede descubrir y ver esa bondad infinita y ese altísimo amor; y los advierte y los halla cuando medita y piensa en lo largo y duro de este misterio: es decir, meditando y pensando, el alma descubre cuándo y por qué fue establecido este misterio.

Y descubre que el largo está muy cerca, y no sólo cerca, sino junto a la dureza. Y contempla y ve que ese misterio fue instituido durante la cena del Señor, por la tarde, casi al anochecer. Digo “largo” en relación a su larga pasión, y descubre su larga pasión junto con su dura muerte. Por eso digo que fue un misterio largo y duro: dos aspectos que el alma puede y debe meditar y considerar en la institución de este misterio.

En verdad fueron un gran amor y una suma bondad los que impulsaron a Cristo, Dios-Hombre, a proyectar e instituir en tal hora y en tal día un misterio tan nuevo, tan maravilloso, tan extraordinario, tan peculiar y tan perfecto, tan amoroso y tan precioso para consuelo de toda alma fiel, y para aliento y ayuda, durante esta vida terrenal, de toda la Iglesia militante.

Misterio nuevo y antiguo

Habiéndolo definido “Nueva”, se le preguntó si en Dios ordenador de este misterio, hubo alguna novedad. Ella contestó:

En Dios no puede suceder ninguna novedad, porque Dios no varía ni se muda. La novedad de la obra divina puede ser y es sólo de parte de la criatura que la recibe y en la cual Dios

produce un nuevo efecto una nueva e insólita operación. En este sentido este misterio fue y es nuevo, si bien desde muy antiguo fuese indicado en la Sagrada Escritura.

Entonces puede decirse misterio nuevo y antiguo: antiguo en su prefiguración, nuevo en relación a la realidad de tal Sacramento que realiza en la criatura siempre nuevas transformaciones.

Nosotros sabemos y por la fe vemos, de manera cierta e indubitable, que ese pan y ese vino benditos, por el infinito poder de Dios, a través de las palabras santísimas que Cristo ordenador y Dios encarnado pronunció y el sacerdote repite y debe repetir, se vuelven substancialmente Cristo-Dios y Hombre, en la consagración de este misterio.

El color y el sabor, la forma y la virtud, el modo y toda la calidad de ese pan y de ese vino permanecen, pero no en Cristo, sino que por el poder de Dios y en un modo que trasciende su misma naturaleza permanecen en sí mismos, o sea que el color, el sabor, la forma y la calidad subsisten en sí mismos.

A todas luces puede definirse extraordinaria esta novedad que la sabiduría de Dios, en su inmensa e infinita bondad y caridad, realiza en una criatura, sin contar muchas otras especiales y particulares novedades que el sagrado cuerpo y la sangre del Señor Jesús obran en sus amigos y elegidos.

Manantial de todo bien

Se le preguntó si los ángeles, los santos y los bienaventurados reciben y disfrutan en este bendito misterio de algún nuevo gozo o de alguna nueva felicidad. Contestó que los ángeles y los otros santos poseen, ven y experimentan ese misterio, y lo saborean, y están cerca de él, y están en lo íntimo de Dios, Bien infinito, que los hace a todos dichosos, porque ellos viven perpetuamente en presencia del Dios increado y humanado.

Si en este nuevo misterio reciben nuevo gozo y nueva felicidad, y si disfrutan de un nuevo júbilo, pienso que eso puede ser por la armonía y por la comunicación que tienen con la cabeza y con sus miembros, a saber, con Cristo que es la cabeza y el

Dios encarnado, y con sus miembros, justos y fieles. Ellos ven, experimentan y conocen que Cristo se goza de este misterio: es decir, muestra y manifiesta que tiene una singular complacencia por el bien y en el bien de sus devotos y fieles amigos.

Por eso, todos los santos y los bienaventurados, cada uno en particular con Cristo, se gozan en este misterio, y exultan en un júbilo que siempre se renueva, y le rinden a su modo un honor siempre nuevo en esta incesante novedad.

Lo que agrada a la Cabeza, puede y debe agradar a los miembros; y lo que agrada al Padre, debe agradar también a los hijos; y lo que agrada al buen Señor, debe agradar a toda su familia. Por eso todos los santos y los bienaventurados gozan a su modo de todo lo que agrada a su Cabeza, Padre y Señor, Dios increado y Dios encarnado.

Los santos y los bienaventurados, que reinan en la patria celestial, gozan también y pueden gozar considerando el bien y la utilidad que de este sacramento reciben todas las almas santas de la Iglesia militante. El altísimo beneficio, concedido a todos en este misterio, es causa, materia y camino de gozo y de felicidad no sólo para las almas devotas y santas de la Iglesia militante, sino también para todos los santos que reinan con Dios en la gloria. Por eso, cada uno debe meditar largamente cuando se prepara a recibir tan grande beneficio en este santísimo misterio.

Debería pensar en “a quién va, y cómo va, y por qué va”.

El va a recibir ese Bien que es Todo Bien, y causa de todo bien, y dador y hacedor y poseedor de todo bien. El es el único bien, y sin ese bien no hay algún bien. Y ese bien satisface, colma y sacia a todos los santos y espíritus bienaventurados que reinan en la gloria y a todas las almas y a todos los cuerpos santificados por la gracia.

Además, va a recibir ese bien, que es el Dios-Hombre, que sacia, supera, sobreabunda y alegra a todas las criaturas, y se extiende más allá y por encima de toda criatura, sin límites ni medida. La criatura no puede conocer ni poseer semejante bien, si no en cuanto El lo quiere. Y ese Sumo Bien en tanto lo quiere en cuanto la criatura es capaz de recibir en sí, según su

ser, algo de Aquél que es el Ser y crea a todo ser, y trasciende todos los seres.

Va a recibir ese Bien, más allá y fuera del cual no hay otro bien. ¡Oh Bien no estimado, no conocido, no amado, pero hallado por los que te quieren todo entero y que todo entero no pueden poseerte!

Si todo hombre se detiene a considerar con atención el pequeño bocado que lleva a la boca, ¿cómo no debería el alma detenerse para considerar y meditar, antes de recibir ese Bien eterno e infinito, creado e increado, que es la comida sacramental, verdadero alimento, arca y fuente de nuestra alma y de nuestro cuerpo?

En verdad, ése es el Bien que contiene todo bien. Por eso el hombre debe acercarse a tal y tan grande bien y a tal mesa, con gran reverencia, con toda pureza, con gran temor e inmenso amor. El alma debe acercarse toda gozosa y engalanada, porque se dirige a Aquél que es el Bien de toda gloria; a Aquél que es la perfecta beatitud y la vida eterna; a Aquél que es la belleza, la sublimidad y la dulzura; a Aquél que es todo el amor y la misma dulzura del amor.

Pero ¿por qué debe el alma ir a ese Bien? Os contesto según lo que pienso: debe ir a recibir para ser recibida. Debe ir pura para ser purificada; justa para ser justificada; viva para ser vivificada; unida y ligada a Dios, para ser incorporada a El y con El y por El, Dios increado y encarnado, que se ofrece a nosotros en este santo y sublime misterio por las manos del sacerdote. ¡Siempre demos gracias a Dios! ¡Amén!

Operaciones del verdadero amor

La primera señal del verdadero amor es que el amante somete su voluntad a la del Amado.

Y este especial y singularísimo amor tiene tres operaciones. La primera operación es que si el Amado es pobre, procura hacerse pobre; si es vil, procura hacerse vil.

La segunda operación de este amor es que hace abandonar cualquier otra amistad que le pueda ser contraria; hace dejar

al padre y a la madre, al hermano y a la hermana, y todo otro afecto que sea contrario a la voluntad del Amado.

La tercera operación de este amor es que nada oculto puede haber en uno sin que el otro lo sepa. Y esta tercera operación, a mi criterio, se identifica con la perfección, síntesis y complemento de las otras operaciones, porque en esa revelación de los secretos los corazones se abren y más perfectamente se ligan uno al otro.

La oración, la pobreza y la mortificación

En el nombre del Señor Jesucristo torturado. ¡Amén!

La oración está allí donde se halla a Dios. Hay tres clases o partes de la oración, fuera de las cuales es imposible hallar a Dios. Y son la oración corporal, mental y sobrenatural.

La oración corporal es la que se hace con sonidos de palabras y con ejercicios del cuerpo, como las genuflexiones y actos semejantes. Yo jamás descuido este tipo de oración. Hubo veces en que deseaba ejercitarme en la oración mental; pero advertí que la pereza y el sueño se burlaban de mí y estaba perdiendo el tiempo; por eso volvía a la oración corporal.

La oración corporal introduce en la oración mental. Pero debe hacerse con atención. Cuanto tú recitas el “Padrenuestro”, considera lo que estás diciendo y no corras, preocupado de alcanzar cierto número, como hacen las mujercitas que realizan tareas a destajo.

La oración mental se alcanza cuando la meditación de Dios ocupa tanto nuestra mente que a ninguna otra cosa se dirige el espíritu, sino a Dios. Si alguna otra cosa penetra en la mente, esa oración no puede llamarse ya mental. Y esta oración traba la lengua, que así no puede hablar más. La mente está totalmente henchida de Dios, y ninguna otra cosa puede distraerla, ni pensamiento ni conversación que no sea Dios. De la oración mental se pasa a la sobrenatural.

Es sobrenatural la oración en la que el alma, por la dignación de Dios que la colma, tanto se eleva, que se dilata por encima de su misma naturaleza. Comprende a Dios más que

lo que podría comprender con su misma naturaleza y conoce que no puede comprender. Y lo que conoce, no lo puede explicar, porque casi todo lo que contempla y experimenta trasciende su naturaleza ²².

En estos tres grados el alma aprende a conocerse a sí misma y a Dios. Y en proporción a cómo conoce a Dios, lo ama; y en proporción a cómo lo ama, desea poseer lo que ama.

Esta es la señal del amor auténtico: el que ama no se transforma parcialmente, sino totalmente en el Amado. Y ya que esta transformación no es continua ni dura largo tiempo, el alma se dedica con todas sus ansias a buscar los medios que la puedan transformar en la voluntad del Amado, para retornar otra vez a esa visión. Y busca lo que ama, es decir a Aquél al que ella ama. El Padre nos trazó el camino a través del Amado, que es su Hijo y al que hizo hijo de la pobreza, del dolor, del desprecio y de la verdadera obediencia.

Y ya que no hay peor pobreza que la de no conocer a Dios —y es la soberbia, por la cual el hombre cayó—, nos ha sido enseñada otra pobreza que debemos seguir.

Esta pobreza se divide en tres clases.

La primera es la pobreza de las cosas temporales, que Cristo practicó de manera perfecta. Todo cristiano, que puede, lo debe imitar a la perfección; y el que no puede hacerlo totalmente, como por ejemplo un noble o una persona con familia, al menos debe amar con todo el corazón esta pobreza y despojarse de todo apego a las cosas terrenales.

La segunda es la pobreza de los amigos, que también tuvo Cristo, tanto que no halló a ningún amigo o pariente de la familia de su Madre, que le hiciera ahorrar siquiera una bofetada. Del mismo modo también nosotros debemos ser pobres de amigos y de toda criatura que podrían ser un obstáculo en la imitación de Cristo.

²² Modernamente los teólogos llaman contemplación *infusa*, a la que Angela llama *sobrenatural*, porque no se realiza sin la infusión divina. Se la llama también oración *pasiva*, a diferencia de la *activa o adquirida*, porque el alma no la logra con sus esfuerzos ni según sus deseos, sino que la recibe de lo alto como don gratuito de Dios (Blasucci, p. 272).

La tercera pobreza, que también existió en Cristo, es que El también fue pobre en sí mismo. Aún siendo el Omnipotente, quiso aparecer débil, para que lo imitáramos; por cierto, no escondiendo la omnipotencia que no poseemos, sino meditando atentamente y llorando nuestros defectos, nuestras infamias y nuestra miseria. En conclusión el alma que busca hacer la voluntad del Amado, manifestada en su ejemplo de pobreza, se esfuerza por transformarse en la misma pobreza, lo más perfectamente que puede.

Además, el alma quiere transformarse en los dolores que El soportó. Dios Padre lo hizo Hijo del dolor, y vivió siempre en el dolor. Desde el instante de su concepción experimentó la más sublime felicidad y la más profunda tristeza, porque desde entonces la sabiduría divina le mostró todo lo que debía padecer. Y este dolor comenzó entonces y duró hasta que su alma se separó del cuerpo. Nos lo ha mostrado con la oración que pronunció: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mt. 26, 38). Y al decir que la muerte marcaba el fin del dolor, daba también a comprender el principio, que fue el instante de su concepción.

Por haber sido la causa de estos dolores, debemos transformarnos en dichos dolores: cosa que llegaremos a hacer según la medida de nuestro amor. A través de sus dolores debemos ir al encuentro de todos los dolores, para que estemos siempre en el dolor. Y si no los tenemos, deseémoslos y pacientemente soportemos todo lo que sobrevenga, ya sean ultrajes de palabra o de hecho, ya sean tentaciones. Soportemos pacientemente estas tentaciones, que el Señor permite, pero sin consentirlas. También soportemos las tribulaciones, las tristezas y cualquier otra cosa. Y cuando no las tenemos, las debemos desear, para imitar al Amado que vivió siempre en el dolor, con la salvedad de que no las merezcamos con nuestras culpas.

Jesús fue también Hijo del desprecio, porque fue despreciado, ultrajado y abandonado por todos. En eso debemos imitarlo, si lo amamos, porque el amor hace desear las mismas cosas. Y el que de veras considera la pobreza de Jesús, y es de veras pobre, es también afligido, y por consiguiente despreciado. De ahí, pues que la pobreza es la raíz de todas estas virtudes.